

de chocarles, que tratándose de Beatriz emplease la palabra *joven*, por más que aparentaron no oírlo.

—¿De modo que aun no eligió?—añadió Frank.

—No, qué sepamos, y casi me atrevo a asegurar que tampoco lo sabe sir Maingay.

Carruthers no insistió más y se fué al jardín a pasear y hablar con Beatriz de las estrellas que brillaban en el cielo. Habiéndose asegurado de que ésta no se entregó hasta entonces en manos de otro médico amatorio, podía emprender su curación sin temor de faltar a las convenciones profesionales.

## XII

### ¡Un caballo! ¡Un caballo!

Aunque al hablar de Beatriz no hemos mencionado su lado ni amigos ni conocidos, no debe deducirse que llevase en Hazlewood vida de reclusa, sino que por el contrario podía elegir entre dos categorías. Y no podía ser de otra manera, teniendo en cuenta que los Talbert daban gran importancia al trato social y poseían un libro de visitas tan bien arreglado como el de la más encopetada señora.

En la época en que esto sucedía, ocurrió que un amigo de la señorita Clausón se presentó muchas veces, cruzándose en el camino con Carruthers. Este amigo, o mejor conocido, era un joven grueso, heredero de una de las familias en buena posición de los alrededores de Oakbury, un buen muchacho, ancho de hombros, que durante un par de años podía aún desarrollarse mucho más para haber el orgullo de su madre y enorgullecer a una joven con sus homenajes.

Estudiaba en Oxford, y durante algún tiempo fué uno de los discípulos de Frank, así que una tarde al presentarse

se en casa de los Talbert se quedó muy sorprendido al encontrar al renombrado profesor instalado tranquilamente en Hazlewood.

Aprovechando la ocasión hizo que durase la visita hasta la llegada de Beatriz, y a los pocos minutos oyó Frank preguntar á ésta que cuándo iría a buscarla para dar un paseo a caballo. Aunque en los distintos interrogatorios que Frank hizo sufrir a Beatriz, averiguó que a ésta le agradaba la equitación, no había tenido aún ocasión de verla a caballo, ¡quién sabe si Cupido guarda para lo último su flecha más acerada y segura! Los Talbert no tenían fama de buenos jinetes, por más que en su juventud hubiesen aprendido a montar como complemento de una buena educación, pero al llegar a la edad madura, preferían los almohadones del coche al sillín del caballo. Así que poseían unos carruajes muy buenos y un caballo de silla comprado para Beatriz, que no lo había empleado porque no podía salir sola, y de hacer que la siguiese un lacayo, éste hubiera tenido que utilizar uno de los caballos del coche. Por esta causa no salía a pasear a caballo más que cuando sus tíos no usaban el coche, o si se presentaba una escolta improvisada como la que le ofrecía el joven Purton. El caballo estaba a cargo del veterinario y Purton no tenía esperanza de que Beatriz aceptase sus servicios; pero el caballo tardaría muy poco en restablecerse y podría utilizarse.

Desde el día en que ocurrió esto, el señor Purton tomó la costumbre de detenerse todas las mañanas en Hazlewood para preguntar si había vuelto el caballo de Beatriz, manifestando deseos de alquilar uno o pedirle prestado para ponerlo a disposición de la joven, pero ésta declinó semejante oferta, tal vez debido a que daba poca importancia al paseo.

Frank por su parte se acostumbró a que, cuando encontraba al joven vestido con su elegante traje de montar, se entretenían bromeándole y preguntándole noticias acerca del caballo convaleciente, porque llegó a sus oídos que su antiguo discípulo había ido dos o tres veces hasta Black-tow para enterarse del estado del enfermo. Para zaherirle más, y al mismo tiempo divertirse, solía Frank dirigirle preguntas en el más puro griego o en un latín muy correcto, de modo que el joven daba una vuelta declarando que

no tenía derecho a atormentarle durante las vacaciones. Al cabo vió una mañana que el caballo se hallaba otra vez en las cuadras, a Beatriz dispuesta a vestir su ama-zona y preparada a dar un paseo de veinte millas.

Frank tuvo la alegría de verlos marcharse juntos; al joven Purton comprendiendo y haciendo ver a todo el mundo que un buen jinete encargado de velar por la seguridad de una bella señorita es cien veces superior al mejor profesor de Oxford, aunque de su boca saliese el griego y el latín con tanta facilidad como sale el agua de la fuente.

Es inútil describir la aparición de Beatriz en traje de montar, pues estaba lindísima, y Frank después de seguir con la mirada la silueta graciosa que desaparecía a lo lejos, se metió las manos en los bolsillos y paseóse por el jardín, con la cabeza inclinada hasta que volvió de nuevo a su ocupación favorita; a tenderse sobre el césped.

Mientras esto sucedía, Horacio y Herberto habían terminado sus quehaceres domésticos y se reunieron con él, burlándose de su pereza. Echó hacia la nuca el sombrero y los miró con la cara de un hombre que acaba de despertar y preguntó:—¿Sabéis, querido Horacio, dónde podría procurarme un caballo?

—¡Un caballo!

—Sí, se me olvidó por completo que mi médico me encargó mucho que montase a caballo, tan luego como recobrase las fuerzas perdidas.

—No sabíamos que os gustase montar.

—Sí, me gusta... se entiende en un caballo de buen genio. Sé montar hasta que me caigo; lo peor es que cada vez que caigo, sea de un caballo, sea de una escalera, es siempre de cabeza, lo mismo que les pasa a los volantes.

—Servíos de uno de los caballos del coche—replicó Horacio.

—Y emplearemos el *dog-cart*—añadió Herberto.

—De ninguna manera. No es coche digno de vosotros, y en él no tendríais tan buen aspecto. Nada de eso, quiero comprar un caballo, y cuando me marche lo venderé; ¿dónde puedo encontrar uno?

—Me parece una extravagancia, querido Frank—dijo Horacio.

—¿En qué consiste la extravagancia? Hacedme el favor de decírmelo. ¿En gastar más de lo que se tiene? Pues nada en oro y soy muy rico, temo mucho no encontrar banquero, además de que, cueste lo que cueste, quiero obedecer al pie de la letra las prescripciones de mi médico.

Se convencieron de que hablaba seriamente y llamaron a su cohero para que les ayudase en sus pesquisas. Este digno dependiente de los señores Talbert no tardó en presentarse revestido con el rojo chaleco de mangas, atributo de su empleo, esperando majestuosamente a que sus amos le hablasen.

—Guillermo—le dijo Horacio,—el señor Carruthers desea procurarse un caballo, ¿sabéis si en las cercanías hay alguien que desee vender uno?

—¿Qué si sé alguno?—repitió Guillermo meditabundo.

—Sí, pero ha de ser de buen genio—respondió Horacio muy cuidadoso de la seguridad de Frank.

—Un caballo... algo pacífico—repitió Guillermo.—¿Es para montar o para enganchar, señor?—añadió dirigiéndose esta vez a Frank.

—Para montar.

—Un caballo... de buen genio, para montar. Hay el *poney* del señor Bulger. Su criado me dijo que estaba de venta.

Frank no se entusiasmó con el *poney* del señor Bulger. Sin embargo, Horacio y Herberto creían que era lo más conveniente para él.

—Precisamente vuestro peso viene a ser el del señor Bulger, señor—dijo Guillermo;—y unos remos... unos flancos... y unas orejas... sobre todo las orejas...

—¿De quién? ¿Del señor Bulger?

—No, del caballo.

—¡Ah! ¡Del *poney*! Es que hay orejas de orejas, y yo las quisiera de un tamaño regular, y no que eclipsasen el famoso tonel de Heidelberg.

—No son tanto, señor—contestó Guillermo echándose el pelo hacia adelante.

—Los poneys suelen tener tan ancho el lomo, que parece imposible se les pueda montar, y la tentación de untarse los pies con blanco de España y ponerse en pie sobre la silla debe ser irresistible, ¿no lo creéis así, Horacio?

—No, no creo que se me ocurriese nunca semejante idea

—contestó Horacio con la grave política que tanto divertía a su primo.—El señor Bulger no hará negocio conmigo, buscad por otro lado, Guillermo—dijo Frank.

Este se rascó la punta de la nariz y durante un momento permaneció sumido en sus reflexiones.—También está de venta la yegua del capitán Taylor—dijo dirigiendo una tímida mirada a sus amos.—Hace poco se desenganchó del tilbury, haciéndose pedazos; pero oí decir que con la silla sobre el lomo se muestra más pacífica, con tal de que sepan montar.

—No deseo privar al capitán Taylor de tan preciosa alhaja—dijo Frank.—Buscad por otro lado.

—¿Quiere ir el señor a la cuadra de Barker?—preguntó Guillermo no sabiendo qué decir.

—En Blacktown, iremos todos—respondió Horacio.

—No, muchísimas gracias, quiero hacer una elección completamente libre de prevenciones; deseo que nadie, excepto mi médico, tenga nada que echarse en cara si me sucede una desgracia; ¿es honrado Barker?

—Pasa por tal—respondió Herberto.

—Es tan honrado como todos los chalanes—añadió el cochero.

—Entonces voy a hacerle responsable de mi cabeza. Me marché inmediatamente a Blacktown—dijo Frank y fuése a cambiar de traje, y los dos hermanos le vieron alejarse, no sin experimentar cierto recelo, pero como se negó repetidas veces a aceptar su compañía, insistir más habría sido descortesía.

A la puerta de entrada halló a Guillermo que le estaba acechando, y le dijo:—Si el señor me dispensa la libertad que me tomo—dijole el cochero,—me hará el favor de decir al señor Barker que soy quien le envía. Decidle que vais de parte de Guillermo Giles, el cochero de los señores Talbert. Barker vale poco más o menos que los demás, pero tal vez cuando sepa que yo me ocupé del asunto, servirá mejor al señor.

—Muchas gracias, Guillermo, por vuestros desinteresados deseos de servirme—contestó Frank con mucha seriedad.

—Agradecería mucho al señor—añadió el cochero, con una cortesía, aprendida, sin duda, de sus amos—que no

hablase a nadie de este asunto; ¿se acordará el señor de Guillermo Giles, el cochero de los señores Talbert?

—Sí, sí, no tengáis cuidado, está perfectamente; ¿hay que decir algo más de vuestra parte al señor Barker?

—No, señor, al menos que yo sepa.

—¿Le diré que merecéis el cinco o el diez por ciento, sobre lo que importe la transacción?

Le dirigió el cochero una mirada de terror y miró temblando a todos lados temiendo que sus amos oyesen algo. Miró de nuevo a Frank, y sorprendiendo en sus ojos un destello de malicia, se echó a reír convulsivamente respondiendo:—¡Oh! Señor Carruthers, veis en el fondo del saco, y si montáis tan bien como sabéis contar, hubierais podido comprar la yegua del capitán Taylor. Creo que Barker no conseguirá engañaros.

—Puede que no, pero quiero estar seguro. Traedme una paja nueva, Guillermo,—y este obedeció sin comentario; su respeto hacia Frank había aumentado de un modo considerable. Carruthers cogió la paja, y cortándola por los extremos, se la metió en la boca.

—¿Es esa la medida acostumbrada?—preguntó.

—Está aún un poco larga para lo que se acostumbra, pero tiempo tenéis de ablandarla y acortarla hasta, que lleguéis a casa de Barker.

—Está bien—contestó Frank que se alejó dejando a Guillermo en la creencia de que nunca entró en aquella casa una persona como Frank, que jamás se sabía si hablaba en serio o en broma.

Frank no tardó en tirar la paja que llevaba en la boca y que pidiera a Guillermo para engañarle, y cuando se presentó en las cuadras del chalán, no llevaba ninguna señal que revelase en él un aficionado a caballos. Celebró una entrevista con el propietario de arqueadas piernas, y durante una hora estuvo pasando revista a los caballos blancos, negros, bayos, castaños, píos y alazanes, a los que hicieron trotar ante él siguiendo dos opuestas direcciones en un picadero dispuesto al efecto. Oyó con mucha tranquilidad al chalán hacer el elogio de cada uno y le escuchó, porque le agradaba mucho estudiar el carácter,—no de los caballos sino de los hombres,—y se devanaba los sesos pensando qué podría decir Barker cada vez que, después de retirar un caballo, presentaba uno nuevo en la pista.

El silencio que guardó y la completa indiferencia con que, sin dejar de fumar su cigarrillo, escuchaba los pomposos elogios o la relación de los efectos de cada caballo del chalán, sólo consiguieron excitar más y más a éste que no sabía a qué atenerse ni se las tenía que haber con un profano o un hombre más conocedor que él en la materia. Cuantos se dedican a los negocios saben que obrar de este modo es poner en un apuro a un comerciante; y no hay cosa más desagradable que pensar que se puede tratar del mismo modo a un malicioso, o que se pasa de listo, que a un imbécil, pero siempre disgusta convencerse de que se trató a este último exactamente como al primero. Estos son los percances del oficio de comerciante. En cuanto a Barker estaba más inseguro, porque puso a prueba a Frank de dos maneras. La primera vez puso precios exagerados a los quince caballos que le enseñó, y después, creyendo que su nuevo cliente era un conocedor, pidió por los diez siguientes precios moderados. Frank no se inmutó, y Barker se quedó perplejo y hasta empezó a concebir ciertas sospechas.

Dirigió una mirada a las piernas del joven, creyendo que sería algún tratante de caballos que se presentaba vestido como un dandy para engañarle a él ¡al célebre Barker!, pero los miembros inferiores eran tan derechos como si no hubiese montado a caballo en su vida. Consideróse derrotado el buen Barker y lanzó lo que en él equivalía a un suspiro a la vista de su caballo número treinta y cinco, que retiraban de la presencia del comprador sin que dijese éste ni una palabra ni en pro ni en contra.

—A lo que veo sois muy difícil de contentar, caballero—dijo el chalán con aire malhumorado.

—Deseaba ver algunos caballos—contestó Frank con indiferencia quitando la ceniza de su cigarro.

—¡Oh! ¿Es de veras que deseabais verlos?—repitió el chalán respirando con fuerza.

—Sí—contestó Frank con mucha amabilidad,—y lo único que siento es haberos causado tanta molestia; ¿me permitís que dé media corona a vuestro criado?

—Veamos—dijo Barker inclinando la cabeza a un lado con aire confidencial,—sin darme vuestra opinión acerca de los caballos que os enseñé, hacedme el favor de decir

me qué idea os formáis de un caballo, quiero decir, de su valor.

—No tengo formada ninguna.

—¡Ah! ¡Conque no tenéis formada ninguna! ¡Jim, traed en seguida el caballo castaño!

—No—dijo Frank,—no os toméis tanta molestia. No tengo necesidad de verle, y lo único que deseo es que me escojáis uno.

Es cierto que los tratantes de caballos son tan honrados como los demás comerciantes, pero eso no evitó que el asombro de Barker fuese indescriptible y podía compararse al de un falsificador reconocido como a tal al que entregasen un talón sin firma rogándole que lo guardase; al de un lobo al ver que la oveja le confiaba su corderillo pidiéndole tuviese cuidado de él durante algunos minutos, o al de un gato al que colocasen de centinela al lado de un plato apetitoso. Sin embargo, se mostró a la altura de las circunstancias.

—¿Escogeros uno? No hay ningún inconveniente, caballero. Cada vez que ocurre al duque o al marqués necesitar de prisa un caballo, me escriben para que les envíe uno y supongo que si sirvo bien a esos señores no hay inconveniente en que os sirva a vos.

—No soy difícil de contentar, podéis intentarlo.

Barker no había conseguido aún averiguar si tenía que habérselas con un astuto compadre o con un tonto.—Ahí está el castaño. Es lo que necesitáis.

—¿Cuánto?—preguntó con acento breve Frank.

—Ciento veinte guineas—dijo Barker acentuándolo con el énfasis con que pudiera haber dicho el mismo número de libras esterlinas.

—Escuchadme—dijo Frank,—vais a buscarme un caballo para tenerle durante seis semanas, importándome poco que sea negro o azul. Hacedme las mejores condiciones posibles, si el precio se conviene y no le encuentro defectos os daré el veinte por ciento más y el caballo para venderlo en mi nombre pasado ese tiempo; ¿me vais a dar ahora el castaño?

Barker permaneció silencioso durante un momento, y luego respondió con aire de inimitable candor:—No, caballero, no es el castaño, os voy a enseñar cuál es.

Como Carruthers no reveló nunca a nadie el precio que

le costó el caballo, no podemos decirlo, pero salió de las cuadras de Barker después de decir a éste que si el veterinario no tenía ningún inconveniente en dar certificado podía mandarle por la tarde a Hazlewood el caballo bayo obscuro que acababa de ver.

Despidióse de Barker y se volvió paseando a la quinta de sus primos y cerca de ella le alcanzaron Beatriz y su galante caballero, que se detuvieron, y Purton se mostró muy amable.

—Es una lástima—dijo—que no sepáis montar, señor Carruthers.

—Sí, efectivamente es una lástima, ¿queréis enseñarme? No sabéis lo dulce que es la venganza.

—Un día de estos mandaré traer el caballo más viejo de mi padre y os daré una lección. Creo que aprenderéis en seguida.

—Siempre disteis pruebas de ser un buen muchacho—respondió Frank con aire reconocido.—¿Creéis, señorita Clausón que podré aprender a montar a caballo?

—Temo mucho que pueda más vuestra pereza que el deseo.

Los caballos siguieron al trote su interrumpida caminata, y Frank se presentó en la casa sonriendo plácidamente.

Por la tarde llegó la montura de Frank con gran sorpresa de la señorita Clausón en el momento en que los jóvenes se hallaban en el jardín. El bayo fué confiado a los cuidados de Giles, el cochero, y este personaje, después de un atento y minucioso examen se alegró de dos cosas: *primero*, de que Barker no había *atrapado* al señor Carruthers, y *segundo*, que si éste lo consiguió respecto al chalán, el caballo valía mucho, y el precio de su intervención valdría la pena de ser embolsado.

—Creí que no os gustaba montar—dijo la señorita Clausón.

—No mucho.

—Entonces, ¿por qué comprasteis un caballo como ese?

—Porque deseaba acompañaros a paseo—contestó Frank, y la dirigió una mirada rápida. Beatriz volvió a otro lado la cabeza, comprendiendo que se ponía encarnada y durante el resto del día se mostró muy fría y reservada; no obstante de lo que el audaz joven tenía la

seguridad de que le aceptaba como caballero en vez del joven Purton, abandonado a un lado.

Horacio admiró concienzudamente al caballo e inclinó la cabeza ante tan manifiesta extravagancia, entregándose luego a sus cálculos y formando una especie de regla de tres para averiguar lo siguiente: Si tres caballos consumen una cantidad determinada de pienso durante cierto tiempo, ¿cuánto hará durar un cuarto caballo esa misma cantidad de alimento?

Purton no se atrevió a ofrecer su escolta para el día siguiente por la mañana, temiendo abusar del placer que tenían al verle, y que, por consiguiente, disminuyese ese placer, y se dedicó a dar un solitario paseo. Juzgad cuál sería su asombro y admiración cuando vió a Beatriz y a Carruthers, este último montado en un caballo que hacía mucho tiempo soñaba comprar, y lo que más extrañó a Purton, montando como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa. Este fué un espectáculo para Purton, que de tener algo de poeta, habriase comparado al águila herida con flechas formadas con sus propias plumas, y no pudo menos de lamentar en voz baja su mala suerte. Después de los inevitables saludos y de las no menos inevitables burlas y bromas de Carruthers, dirigióse el joven en un estado lastimoso a su casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIII

**Amor y buena mesa**

Las vacaciones tocaban a su fin, habiendo transcurrido sin sentirlo Agosto y Septiembre, y los geranios y mil flores que durante el estío adornaron los jardines de Hazlewood empezaban a marchitarse costando mucho trabajo al jardinero recoger las hojas caídas. Carruthers, sin embargo, continuaba aprovechándose de la hospitalidad de sus primos.

Una de las causas que más contribuyeron a este retraso fué la creencia de que habiendo asumido las funciones de médico moral de Beatriz, no tenía el derecho de abandonar su puesto hasta obtener una curación radical. El tiempo lo pasaba sin sentir, muchas veces dando largos paseos en coche atravesando esos caminos sombreados por añosos olmos, tan numerosos en Westshire, y que conducen a la cima de montañas, desde las que se ve a lo lejos el mar y la campiña.

Cuando era Horacio el que guiaba, sentábase Herberto a su lado en el pescante y Frank y Beatriz se instalaban solos en el interior, arreglo que a ninguno de los dos parecía desagradable. Seguían luego los paseos a caballo, en los que el joven Purton abandonó su puesto uniéndose a una banda de antiguos amigos que recorrían el país organizando partidas de caza, luchas o regatas, ocupaciones todas más saludables, que dejarse arrastrar por un amor sin esperanza.

El caballo bayo de Frank dió pruebas de ser tan bueno, que éste se olvidó de su palabra y no se lo revendió al chalán.

Contribuían también a matar la monotonía del tiempo, las visitas que los vecinos de los alrededores hacían a Hazlewood y que los de la quinta devolvían en tiempo oportuno,

y Frank consiguió en todas partes tanto éxito, que Horacio y Herberto estaban cada día más orgullosos de su sobrino. Todo esto sin contar las caminatas a pie en compañía de Beatriz, y las horas de delicioso ensimismamiento a la sombra de los sicomoros o pasadas en encantadoras conversaciones sobre todos los temas habidos y por haber. Si llegaba este caso, sucedía alguna vez que Beatriz se quedaba silenciosa y pensativa, y Frank, sin dejar de contemplar las delicadas líneas del hermoso rostro de su prima, imaginaba que iba a contraer él mismo una enfermedad crónica e incurable.

Compréndese, pues, fácilmente, que si Carruthers no consiguió curar la enfermedad que apenaba a la señorita Clausón, no fué por falta de ocasión, ni por haber dejado de estudiar concienzudamente a la paciente. Para, en fin, terminar de una vez, Frank se enamoró de Beatriz y eso de una manera que pasó ya la moda, es decir, desde el instante en que la vió.

En esto no le sucedió ni más ni menos que al impresionable Mordle que sucumbió también al encanto fascinador de aquellos ojos grises de profunda mirada. ¿Conseguiría algo más que el ministro? Tal fué la pregunta que se hizo Frank repetidas veces, poco más o menos por esta época, porque habiendo trabado amistad con Mordle, llegó a sus oídos la historia de los desdichados amores de éste. No fué Beatriz la que le dió esos informes, porque como mujer de corazón y bien educada, quiso ocultar, y, si era posible, olvidar el fracaso que un hombre galante experimentara.

No lo supo tampoco de boca de Horacio o Herberto, pues los dos hermanos, por más que les gustase como a todo hijo de vecino ocuparse del de al lado, eran de esas personas que antes pierden la vida que revelar un secreto; no, no fué de ninguno de éstos, sino de boca del mismo Silvano Mordle de la que oyó Frank la noticia. Hacía algún tiempo que el enérgico y activo pastor había vuelto a Oakbury, y durante su ausencia los Talbert, dando pruebas de una gran delicadeza, preguntaron a la señorita Clausón si los lazos de intimidad que existían de antiguo entre Mordle y Hazlewood podían continuar sin quebrantarse, y aquélla manifestó deseos de que el reverendo continuase siendo recibido en la quinta con la misma consi-

deración que se le demostró siempre, y esta decisión agradó mucho a los Talbert, que no sabían cómo habrían podido seguir tranquilamente su curso los negocios parroquiales si Mordle no hubiese contado con sus consejos y ayuda. Debido a esto, a su llegada recibió Mordle un aviso indicándole que se le vería con mucho gusto llegar a Hazlewood montado en su triciclo cuantas veces tuviese por conveniente, y por su parte, comprendiendo el pastor que le era preciso endurecer su corazón para que no hiciesen mella en él los encantos de la señorita Clausón, acostumbrándose a verla todos los días como un amigo, aprovechó la ocasión que se le presentaba.

El pastor y Frank se vieron con mucha frecuencia, reconocieron sus mutuas cualidades, y de su buen juicio nació una amistad tal, que los romanos con seguridad no vieron otra parecida entre dos rivales. Esta palabra puede que no sea la que exprese con toda su extensión la idea, porque si Silvano Mordle conservaba alguna esperanza, ésta debió desvanecerse cuando vió reunidos a Beatriz y a Frank, pues en su unión vió la mano del destino y se sometió inclinándose ante él. Sin duda el deseo de probarse a sí mismo que había obtenido la curación, fué lo que le impulsó a confiar su secreto en un momento de expansión a Frank, que así se convenció de que el suyo no lo era para el pastor, que desde el primer día adivinó lo que sucedía, y no devolvió confidencia por confidencia ni trató de desengañar a su interlocutor, limitándose a mirarle sonriendo.

—¿No creéis que puede apenarme lo que me decís?— preguntó.

—No, ni siquiera lo pensé, únicamente sé que el día en que tenga que felicitaros, lo haré con toda mi alma.

—¡Ah!—exclamó Frank sonriendo.—Esa conducta es noble, muy noble... cuando llegue ese día...—añadió quedándose sumido en reflexiones que siempre seguían la misma pendiente e iban a parar al mismo sitio.

Tal era el estado de las cosas al comenzar el mes de Octubre. Carruthers, que había completado su diagnóstico, comprendió que había llegado el momento decisivo de hacer el esfuerzo supremo que debía definitivamente arrancar a Beatriz de su estado enfermizo. Se vió, sin embargo, obligado a reconocer, y en esto muchos prácticos de-

berían imitarle, que iba a tientas y a intentar un remedio que lo mismo podía matar que salvar, siendo de esos que a la vez operan en la enferma y en el que debía administrarlo. Vaciló por esta causa, y fué dejando de un día para otro la aplicación de tan singular remedio.

Hallándose en este estado las cosas, los Talbert dieron una comida a la que sólo asistieron hombres, cuyos nombres ponemos a continuación.

Lord Kelston, que se hallaba casualmente en las cercanías a donde fuera a inspeccionar sus posesiones, sir John Williams, de Almondssthorpe, el coronel Whit que mandaba las fuerzas del cantón; el pintor de la Academia real hospedado en la posada de la villa, a la que había ido para hacer croquis y tomar apuntes para unos cuadros representando paisajes de otoño; y el señor Fletcher de Hollows, el propietario más acaudalado del condado después de lord Kelston. Eran ocho los convidados contando a Frank y los anfitriones, número del que, según un incontrovertible axioma de los hermanos Talbert, no se debía pasar nunca. Leyendo la lista anterior, se ve fácilmente que a la comida asistieron personas distinguidas y bien acomodadas. Los dos hermanos se enorgullecían al saber que poseían un talento especial para esa clase de elecciones, casi tan grande como el genio con que presidían la confección de la comida. En esta reunión, por muy limitada que fuese, hallábanse representados el ejército, la agricultura, las ciencias, las artes y la nobleza hereditaria, lo cual constituía una asamblea representativa muy del gusto de los Talbert.

Dos días antes de la fecha fijada, ocurrió un incidente que a poco más comprometió el éxito de la fiesta. Lord Kelston escribió a Horacio una de esas amables cartas que tanto gusta recibir de la mano de un lord, anunciándole que se tomaría la libertad de que le acompañase su amigo el señor Simmons, y como este nuevo convidado hizo que se elevase a nueve el número de éstos, fué preciso invitar a otro para que los dos lados de la mesa estuviesen iguales.

Como consecuencia de esto, reunióse el gran consejo. ¿A quién invitar en tan breve espacio de tiempo que fuese digno bajo todos conceptos de formar parte de tan brillante reunión?

Los dos Talbert se hubieran considerado ofendidos si alguna vez se les hubiese llamado para llenar agujeros o huecos, y retrocedían lógicamente ante la necesidad de ofender de ese modo a otro, y sin embargo, no era posible que a un lado de la mesa se sentasen tres personas y al otro cuatro.

Frank escuchó durante un rato sus discusiones, y después de enterarse de lo que se trataba, quiso sacarles del apuro.

—Dejadme a mí a un lado—dijo,—y de ese modo Beatriz—a la sazón la llamaba por su nombre—y yo comemos juntos en el cuarto de la ropa, o en la repostería, y Whittaker puede llevarnos los platos a medida que van saliendo de la mesa, ¡será una cosa divertida!

—¡Querido Frank!

Esta exclamación al unísono probó a Frank la inutilidad de su proposición.

—¿Por qué no invitáis al rector? Creo que es uno de los deberes del clergyman del campo ser útil a sus feligreses en circunstancias análogas.

—No sabe hablar más que de pesca—dijo con melancólico acento Horacio.

—Y ¿por qué no a Mordle? ¡Ese sí que es un cumplido caballero y buen convidado!

—¡Hum!—tosió Horacio mirando a su hermano.—Porque esta no es una comida de clérigos.

—No—respondió Herberto meneando la cabeza.

Al cabo se decidieron por un tal señor Turner, pero esto no fué una aprensión, porque era un príncipe del comercio—un emperador, como decía Horacio,—un miembro de la aristocracia del dinero. Creyeron que al señor Turner podían invitarle con sólo dos días de anticipación, y que no se ofendería sabiendo que iba a comer en compañía de lord Kelston. Esta es una de las ventajas de ser amigo de un lord.

Quedábales aún otro escrúpulo de conciencia al convidar a alguien para llenar un hueco, y para desagrar a su convidado decidieron que el señor Turner se colocaría a la izquierda de Herberto y a los lados de Horacio, lord Kelston y el señor Simmons. Este último era un hombre de alguna edad, ojos negros, rasgos regulares y fisonomía

agulleña, que tenía cierto aire de distinción que desde luego se captó las simpatías de Horacio.

La comida dió principio y siguió su curso de una manera irreprochable, y la mesa a cuyo adorno dedicaron los dos hermanos muchísimo tiempo y trabajo, presentaba un conjunto admirable, porque cuando se reunían a comer solo hombres, los hermanos Talbert se mostraban muy exigentes. La ausencia del elemento preferido por todos—el elemento femenino—debía compensarse con un gran lujo de detalles exquisitos. Frank, que asistió entre bastidores a la preparación, se quedó asombrado al ver el resultado de los esfuerzos hospitalarios y artísticos desplegados por sus primos, pero al mismo tiempo les tenía lástima—como se la tendríamos todos—a aquellos amos de su casa, a los que una sopa echada a perder o un vino que se hubiese vuelto agrio, condenaban a profunda desesperación.

Horacio habló con sus convidados de la derecha y de la izquierda tan pronto alegre como seriamente, según que se dirigía a uno o a otro, y Herberto tenía que ocuparse únicamente del señor Turner, que poseía una magnífica voz estentórea de la que le gustaba hacer gala. Frank, que se hallaba al lado del artista, no se aburrió tanto como había creído al principio. En el curso de la conversación supo Horacio que su vecino era el señor Simmons, el reputado abogado, cuya fama había crecido considerablemente en poco tiempo. Era el señor Simmons un judío, de familia distinguida y perfecta educación, y a Horacio le gustaba mucho tratar con los israelitas de la alta sociedad. Los dos se entendieron pronto. Frank conocía al abogado y Herberto ignoraba que fuese un judío. Todo fué bien hasta que sirvieron el Burdeos; al llegar éste prodújose un incidente deplorable, un horrible contratiempo, cuyo recuerdo apenas aún hoy a los Talbert a pesar de los años transcurridos, y del que tuvo la culpa el convidado llamado para llenar un hueco.

El señor Turner, siguiendo en esto la costumbre de todos los grandes comerciantes, se puso a perorar sobre la situación económica del país, y para hacerlo empleó su voz más sonora. Como era hombre que podía tratar la cuestión con la autoridad que le daba su elevada posición comercial, quiso usar de su derecho.

Herberto le escuchó sonriendo cortésmente, pero empezando a pesarle el haberle convidado.

—¿Quiénes son los que arruinan a Inglaterra?—tronó el aristócrata del comercio.—Voy a decíroslo, señor Talbert: son los judíos.

Ante el juicio del señor Turner que debía saberlo mejor que nadie, Herberto inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Mientras esto sucedía a un extremo de la mesa, al otro, Horacio decía al señor Simmons:

—Es indiscutible que los judíos son la raza más inteligente, leal y patriota que existe. No se puede negar su inteligencia, y en las artes más elevadas, cual la música y la poesía, se sabe muy bien que para que un hombre consiga algún adelanto, debe tener en las venas alguna sangre judía. El señor Simmons se inclinó sonriendo.

—¡Leed nuestros boletines comerciales!—añadió orgulloosamente el señor Turner.

—Tengo miedo de quedarme sin entender una palabra.

—Leed la lista de los contratos de venta—vociferó el comerciante, levantando cada vez más el diapasón.—Son los Levis, los Abrahams, los Moisés, los que nos batan en todos los mercados. Los judíos son la maldición de un país, pues le chupan la médula y la última gota de su sangre.

Horacio, al que estremecían los estallidos de la voz de Turner, fingió no oírle y continuó dirigiéndose al señor Simmons:—Tenemos pruebas vivientes de lo que os digo, en la magistratura y en la política, y en cuanto a esa rama de la que no entiendo una palabra, el comercio, no podemos menos de consignar que la decadencia de España empezó cuando expulsaron a vuestros inteligentes coreligionarios.

El señor Simmons no oyó este cumplimento, porque escuchaba la voz estentórea que continuaba su discurso.

—¡Ahí tenéis al Austria! ¡Arruinada por dos caballeros que se han hecho dueños de toda la tierra! Quisiera volver a los tiempos en que los estudiantes austriacos de Pesth...

—Pesth es en Hungría, señor Turner—observó con mucha dulzura Herberto.

—¡Los estudiantes húngaros, lo mismo da! ¡Debían volver aquellos tiempos en que éstos iban a revolver las cenizas

de los judíos tostados en la plaza pública para encontrar las monedas de oro que se habían tragado antes de su suplicio...!

Todo el mundo oyó esta manifestación grosera y brutal y el señor Simmons enrojeció. Levantóse a medias de su silla y dirigió una mirada a Horacio, y la expresión de la de éste le tranquilizó por completo haciendo que se volviese a sentar. La expresión de horror que se pintó en el rostro de Horacio, más que admirable fué sublime, al pensar que a uno de los convidados le habían insultado en su mesa, no habiendo sucedido nunca semejante cosa en su casa. Un segundo golpe parecido al primero habría sido mortal para él; temblaron sus rodillas y su rostro se puso livido a la vez que dirigía al señor Simmons una de esas miradas elocuentes que piden compasión y expresan todo un mundo de pesares. El señor Simmons, con la penetración propia de su raza, adivinó lo que pasaba en el alma de Horacio, y su cólera se desvaneció para convertirse en lástima hacia aquel huésped amable y cortés; sentándose, al mismo tiempo que decía, acompañando a sus palabras graciosa sonrisa:

—Ciertas cosas suenan de un modo muy singular a los oídos de personas de buena sociedad, como lo somos nosotros—y a continuación empezó un caluroso elogio de Chateau Laffitte.

Horacio exhaló un suspiro de satisfacción, y en el fondo de su alma juró eterno agradecimiento a tan distinguido convidado. Herberto vió el rostro trastornado de su hermano, y adivinó que se preparaba una catástrofe y que las declaraciones antisemíticas del señor Turner tenían alguna base. En vista de esto, dió con mucha destreza otro giro a la conversación y, sacrificándose con una abnegación nunca bien ponderada, hizo que Turner empezase a declamar contra las iniquidades de los miembros del consejo municipal de Blacktown. Este fué un acto heroico y nadie, excepción hecha de Horacio, sabía cuán doloroso era para Herberto obrar de aquella manera.

Haciendo un resumen de todo lo ocurrido en aquel día, los Talbert comprendieron que no podían incluir aquella comida entre sus éxitos de buena sociedad. Frank Carruthers, por su parte, se había cansado ya de oír la exposición de las teorías de Fahon, y sentado en el centro de la

mesa no perdió ni un detalle del incidente Simmons-Turner y se le hacía largo el rato que tardaban en marcharse de allí para entregarse a un loco acceso de risa que la buena educación le ordenaba contener.

Aparte de esto, pensaba en Beatriz y en el aislamiento en que ésta debía hallarse, porque el hombre se figura siempre que la mujer a la que ama está completamente aislada mientras dura su ausencia. Sabía muy bien que tan pronto como los convidados pasasen al salón podría verla, pues sin tpos habían manifestado deseos de que permaneciese en el salón, porque en Hazlewood no se conocía la costumbre de pasar directamente del comedor a la sala destinada a los fumadores.

Aprovechando un momento en que Horacio y Herberto procuraban que los frescos de tallado cristal de Venecia circularsen alrededor de la mesa de una manera hospitalaria, pero sin vulgar insistencia, Carruthers echó mano de todo su valor y se atrevió a desertar de su puesto para ir a distraer a Beatriz. El pensamiento del abandono en que dejaban a ésta era tan penoso para él que viendo a Horacio muy entretenido conversando con lord Kelston, se levantó desliziéndose fuera del comedor, atravesó el vestíbulo y entró en el salón. La puerta de éste, como todas las de Hazlewood, se abría y cerraba sin hacer ruido. Hay personas en cuyas cosas todas las puertas rechinan, así como otros son aficionados a llevar un calzado que cruje y el de los Talbert no crujía nunca y las puertas de su quinta eran tan silenciosas como las de la tumba. A esta circunstancia se debió el que Frank pudiese detenerse y contemplar a Beatriz sin que ésta se figurase que la miraban. Estaba sentada en un taburete redondo ante el piano, y sus manos se deslizaban sobre el teclado, pero sin tocar nada, en tanto que su mirada indecisa vagaba en el espacio. Sus pensamientos, tristes o alegres, hallábanse muy lejos de allí, en el país de los ensueños. Carruthers siguió contemplándola, sabiendo que hacía mal y que debía haberla avisado de su presencia, pero el cuadro que tenía ante sus ojos era tan encantador, que no se atrevía a cesar en su contemplación.

La joven vestía con una elegancia admirable y el único reproche que se la hubiera podido dirigir era el de que su tocado hubiera sido propio de una persona de más edad.

El raso negro de que estaba formado el vestido hacía que resaltase de admirable manera la blancura immaculada de su cuello y de sus brazos y lo elegante y lo esbelto de su talle. Llevaba el pelo recogido artísticamente hacia arriba, sin que una flor o un brillante realzasen con su adorno su brillo natural. ¿Era extraño que Frank se quedase absorto ante un cuadro tan encantador? Mientras la contemplaba vió, o creyó ver, que dos lágrimas humedecían los ojos de Beatriz y se deslizaban silenciosas por la tersa mejilla; ¡esto era mucho más de lo que puede soportar la humana naturaleza! Y Carruthers jura aún hoy día que cuando entró en el salón no tenía la menor intención de precipitar los sucesos y le creemos bajo su palabra, porque de un momento a otro debían esperar que invadiesen el salón nueve caballeros de respetable edad, y la ocasión, como se vé no era la más propicia; es, pues, indudable, que si obró como lo hizo fué sólo obedeciendo a un impulso del momento. No pudo darse nunca cuenta de cómo se le ocurrió llevar a cabo un acto tan audaz, pero antes de que Beatriz pudiese volverse se hallaba a su lado, pasándola el brazo por la cintura,—un taburete de piano, que carece de respaldo, ofrece peligrosas tentaciones,—y la confesaba con apasionada elocuencia que la amaba. Y, en verdad que, al hacerlo, su arranque apasionado se diferenció mucho de los temores con que Mordle hiciera su confesión.

¿Cómo recibió Beatriz esta última declaración? Con un ligero grito de terror, puede que de aversión, porque se levantó precipitadamente, y por un momento quedó en pie mirándole cara a cara, pálida y temblorosa, hasta que sin pronunciar una sola palabra echó a andar y se dirigió hacia la puerta. Frank, que estaba tan pálido como ella, la alcanzó cruzándose en su camino y cogiéndole la mano, preguntó con anhelo:—¿No tenéis nada que decirme, Beatriz? ¿Nada?—La joven suspiró; su respiración era muy penosa a través de sus apretados dientes, y no respondió.

—¿No queréis responderme, Beatriz? ¿No podéis decirme que me amáis? ¡Respondedme!

Los modales y las palabras de Frank no revelaban la menor intención de burlarse; eran los de un hombre que arriesga su vida en una jugada de dados.

—Respondedme que me amaréis—repitió.

—No puedo—respondió Beatriz con acento ronco,—dejarme pasar.

Sin decir una palabra soltó Frank su mano, abriendo él mismo la puerta y cerrándola cuando salió Beatriz. Quedóse sombrío y pensativo en medio del salón, preguntándose si soñaba, o bien si desde que entró en el salón había arriesgado o perdido su única esperanza. Si hubiese sido posible a Frank seguir a Beatriz a sus habitaciones, el espectáculo que allí viera le habría conmovido aún más de lo que estaba, pues no hizo la joven más que llegar a su cuarto y arrojarle sollozando sobre su lecho. Habriase visto además, a la sombría Miller acercarse a ella, hacer esfuerzos para tranquilizarla, besándola y diciéndola cariñosas palabras, y en el rostro de la criada una expresión tan ferroz y resuelta, que formaba singular contraste con la tierna solicitud que acababa de demostrar hacia su señora, mas Frank no vió nada de esto, y si lo hubiese visto, no adelantara absolutamente nada.

XIV

**Esperanza, eterna esperanza**

Al marcharse Beatriz, quedóse Frank inmóvil durante algunos instantes, pensando que no veía con completa claridad su situación. Lo cierto es que en medio de una espesa niebla, pareciale ver que este fracaso iba a influir de una manera indudable en su existencia; pero la visión exacta de ésta sin el amor, que hubiese sido su encanto, no quería ni se atrevía a evocarla. Aparte de que no comprendía ni quería creer en semejante negativa porque él, aunque muy capaz para estimarse en su justo valor, no era un fatuo de esos que están siempre prontos a considerar todo acto de cortesía o de bondad, procedente de una mujer, como la prueba de una pasión insensata por parte de ésta. Por más que desde hacía bastante tiempo cortejaba de una manera discreta y velada a Beatriz, no pudo observar nunca en ésta nada que le invitase a esperar o perseverar. Nunca sintió que su mano prolongase la permanencia en la suya, ni que la estrechase con más fuerza que de ordinario, ni vió que sus ojos grises se fijasen en él con esa expresión que tan bien conocen los enamorados, y tal vez fué la ausencia de todo lo que de cerca o de lejos se parece a la coquetería, lo que hizo que Beatriz apareciese más encantadora a sus ojos.

Y, sin embargo, existía algo—Frank no supo decir el qué,—en sus modales, sobre todo en los últimos días, algo que le alentó, por no decir animó, a declararse. Imaginóse,

tal vez equivocadamente, que había observado un cambio en la manera de dirigirse a él la joven y hasta en la de mirarle. Algo debió existir; porque sin confesárselo francamente se dijo que si Beatriz conservara ante él la misma actitud que en los primeros días de su intimidad, el amor más poderoso no le habría impulsado a hacer la pregunta que acababa de proporcionarle una respuesta tan desoladora, y, a decir verdad, tan inesperada. Bajo el aspecto indiferente y ligero del carácter de Frank, ocultábase una naturaleza altiva y delicada, tanto que si la esperanza le hubiese estado prohibida no se atreviera nunca a manifestar lo que pasaba en el fondo de su corazón a la que amaba. A pesar de la amargura que experimentó en el primer momento de su fracaso, no la reprochó nada, dudando de que todo hubiese terminado. Lo que más propiamente experimentó fué una especie de azoramiento, no pudiendo darse cuenta de la razón de tan sumaria negativa y sin apelación opuesta a la oferta de su amor.

—Quiero meditar acerca de todo eso, pero no aquí—murmuró,—en esta habitación impregnada aún con el perfume que se desprende de su persona.—Y al decir esto, se bajó para recoger una flor que sin duda se la cayera del pecho a Beatriz y se apoderó de un guante olvidado en el piano.—¡Qué nivelador más grande el amor!—murmuró, haciendo un esfuerzo para sonreír.—¡Se ríe uno de las tonterías de los demás, para hacer lo mismo que ellos! ¡Un guante! ¡Una flor! ¡Emblemas convencionales que ni siquiera tienen el mérito de la originalidad! ¡Qué idiota soy!

A pesar de esta última parte de su monólogo, los guardó cuidadosamente, sacando de ellos todo el consuelo que pueden proporcionar semejantes objetos. Cogió su sombrero y olvidándose de la comida y de los convidados, se fué al jardín a meditar en su situación, y a pesar de su calma aparente, debía estar muy conmovido, porque inauguró sus proyectos de meditación hundiendo con fuerza y rabia el tacón de su bota en la inmaculada arena, con violencia tal, que al día siguiente costó muchísimo trabajo al jardinero hacer desaparecer el agujero. Avergonzado por no haber podido dominar este acceso de cólera, encaminóse al fondo del jardín, y sin cuidarse ni de la obscuridad ni del frío de Octubre, sentóse en un banco a fin de hacer

lo posible para reunir los hechos y deducir las conclusiones que se relacionaban con su porvenir.

Piadosamente pensando, tenemos sobrados motivos para creer que Carruthers poseía una cabal inteligencia, éste no podía hacer más que tres deducciones desagradables, considerándolas a cada una de por sí y más aún en conjunto. Primera, de todas sus meditaciones resultaba que estaba cada vez más enamorado de Beatriz; segunda, que no adivinaba por qué le había rechazado, y tercera, que habiendo pedido una vez a una mujer que se casase con él, por nada de cuanto encierra el mundo volvería a hacerla esta pregunta por segunda vez, y se dijo:—No, no me arrastraré haciendo como la mayor parte de los enamorados. Suéda lo que quiera que sea, no me arrastraré a sus pies. ¡En eso seré original, aunque sepa hacerme pedazos el corazón!

Desde luego se comprende con facilidad suma que estas observaciones se referían a la conclusión número tres, conclusión que generalmente hace sonreír a los enamorados. Dado un hombre que hubiera amado tanto a una mujer, como Frank amaba a Beatriz, es más que probable que esa mujer recibiera, por término medio, a poco que la deseara, una nueva declaración apasionada durante un año en todas las semanas de que éste se compone, porque es indudable que todos los enamorados «insisten» cuando lo creen necesario. No pasó mucho rato entregado a estas meditaciones, sin que un capricho singular se apoderase de él; se le ocurrió ir en busca de Mordle, no porque deseara quejarse al pastor, porque esto hubiera sido quejarse de Beatriz, vengarse hasta cierto punto de ella e insistir de otra manera, pero se imaginó que experimentaría amarga satisfacción viendo a otro que navegaba en las mismas aguas que él o, para acabar esta comparación de una manera poética, diremos cuya barca había zozobrado ante el mismo escollo que la suya. Además, siguiendo su costumbre, Mordle no dejaría de hablar de Beatriz.

—¡Qué idiota soy!—murmuró Frank con más amargura que la primera vez.—Y se fué a casa del pastor, que habitaba en una casa que formaba parte de un grupo construido por un especulador que evidentemente poseía un temperamento sanguíneo. Tan general era esta creencia, que cuando las construyeron, los sencillos habitantes de Oak-

bury se preguntaron con asombro a quién estarían dedicadas. Desde los cimientos hasta el tejado eran rojas, lo mismo que los ladrillos y la piedra sillería; siendo así una especie de casas a las que, no sé aún por qué, se las llama «elegantes». Por esta circunstancia, sin duda, figuraban en grado más alto en la escala social que las del resto del pueblo y algunas, bastantes, que las de las familias en buena posición. Como la mayor parte de esas casas estaban aún deshabitadas, el constructor dejó de admirarse de la curiosidad que sus obras causaban al vulgo oakburyense. Al ver a Frank, salióle Mordle al encuentro, animado de cordial alegría.—¡Oh! ¡Vos aquí! ¿Qué ocurre de nuevo?

—No he venido más que a fumar y charlar.

—Creí que podríais disfrutar de esos placeres allá abajo con vuestros elegantes convidados.

Frank se estremeció.—Les había olvidado—exclamó dejando a un lado su prudencia habitual.

—¡Olvidado! ¡Grande va a ser el pesar que experimentará Horacio! ¡Grande la pena de Herberto! Tanto peor para ellos, pero ya que estáis aquí ¡quedaos!

Hablando y sin parar un momento, el reverendo se acercó a una cómoda y sacó una caja de cigarrros, cerrando el cajón con un ademán brusco. Abrió del mismo modo un armario y puso sobre la mesa una botella de whisky, empujando con violencia la puerta y colocándolo todo al alcance de Frank, así como una botella de agua y dos vasos y esperó a que se sirviera. Carruthers, no obstante, permaneció inmóvil y pensativo, contemplando a Mordle, que conservaba aún el cutis muy atezado, recuerdo de su último viaje, y parecía gozar de exuberante salud. Al observar esto, se preguntó si Mordle, oyendo la negativa de Beatriz, habría experimentado el mismo pesar que a él le dominaba a la sazón. En este caso, y dando por sentado que Mordle hubiese conseguido dominar su pena, érale necesario confesar que tenía más cualidades viriles que su visitador, y que bajo este otro aspecto también merecía su respeto. Tan absorto se hallaba, que no observó la mirada escrutadora que le dirigió el clergyman.

—Escuchad, amigo Carruthers—le dijo alegremente,—olvidáis que os hallabais invitado a un gran banquete, y venís a fumar y charlar, y ni charláis ni fumáis, ¿qué os pasa?

—Nada—respondió Frank, levantándose para coger un cigarro.

—¡Nada!—replicó el pastor.—Ese nada, quiere decir muchas cosas.

—Bueno, entonces las significará.

—Está bien, como queráis, y muchas cosas significarán a lo que creo, decidme lo que eso significa. Carruthers, ¿debo felicitaros...? ¿Puedo desearos que seáis feliz?—Y estas últimas palabras arañaron la garganta de Silvano Mordle, que haciendo un esfuerzo, acabó valientemente la frase. Frank se admiró mucho de la perspicacia del pastor, lo que no tiene nada de particular, porque los enamorados siempre se asombran de que sus amigos adivinen sus sentimientos más secretos.—¿Debo felicitaros?—repitió Mordle.

—Deseadme todo lo que se os antoje; pero la verdad es que somos compañeros de infortunio.

—¿Intentasteis...?

—Y fracasé.—Frank hablaba con acento breve y amargo; Mordle se asombró mucho al oírle y tendió la mano a su interlocutor.—¡Idos a paseo!—exclamó éste.—No necesito que se me complazca. Si vos soportasteis ese golpe, no veo por qué no he de hacer yo lo mismo.

—No hay igualdad; estabais seguro del éxito.

—¿Lo estaba? No hay nada de particular, es una ilusión muy común a mi edad.

—Explicaos.

—Cuantos más años va uno teniendo, más se deja arrastrar. Un hombre entre treinta y cuarenta, se desliza con más facilidad que uno de veinte cuando cree que una mujer está prendada de él.

—¡Ah! ¡No se me ocurrió nunca eso! Dejadme meditar.—Al pastor le gustaban mucho las discusiones de este género. Al cabo de un momento levantó la cabeza.—Lo que decís no vale la pena—replicó.—Un honrado mozo de veinte años no puede figurarse que una mujer bonita piense en él. Un hombre de treinta a cuarenta años que consiguió lo que se propuso, tuvo varias veces en su vida ocasión de medir su valor y compararse con los demás, no puede menos de creer que en alguna es digno de ser amado. ¿Veis como vuestro razonamiento carece de base?

—Poco importa—contestó Frank.—Tomadlo como queráis.  
—Escuchadme lo que voy a deciros—dijo Mordle, apoyando la mano en el hombro de Frank.—No consideréis el «no» como una respuesta definitiva.

—Nunca pediré dos veces a una mujer que se case conmigo—respondió Frank dominado aún por su conclusión número tres.

—Podrías pedirla veinte veces y consideraros muy dichoso si al fin y a la postre la conseguís, pero veinte no serían necesarias, puesto que os ama, amigo Carruthers.

—¡Qué locura decís!

—No digo ni locuras ni tonterías. Os he visto varias veces juntos, y os vigilo tan de cerca como se vigila a una oveja cuando se tiene miedo que se separe del rebaño. Vi lo que vos no habéis visto nunca y os vuelvo a repetir que no consideréis ese «no» como respuesta definitiva.

—¿Queréis que hablemos de otra cosa cualquiera?—dijo Frank. En el instante acudió a su memoria el antiguo proverbio que establece la diferencia que existe entre actor y espectador, y sin embargo, creyó que hay circunstancias en que vale más dejar a un lado los refranes por muy antiguos que sean. Hablaron de otra cosa, pero como suele suceder siempre en estos casos, de otra que se relaciona o da vueltas alrededor de la principal, hasta que Frank tiró la colilla del cigarro y dió las buenas noches al pastor. La alegre y enfática afirmación de éste consoló mucho a Frank, a pesar de su juramento de no reincidir y no pedir nada más. Una vez solo Mordle se irguió, y golpeándose el pecho exclamó con aire de aprobación:—Es un acto verdaderamente magnánimo alentar de esa manera a un rival, pero estoy curado por completo desde el momento en que tengo fuerzas para obrar así.—Y el reverendo repetía con mucha frecuencia esto mismo; tal vez lo estaba realmente; sea como quiera, lo cierto es que Silvano es aun hoy día célibe.

XV.

**Extrañas confidencias**

Frank se volvió a Hazlewood y disculpó lo mejor que pudo su extraña desaparición alegando que, habiéndole dado un fuerte dolor de cabeza, salió al jardín para tomar el aire. ¡Cosa más rara! Un horrible dolor de cabeza había obligado también a Beatriz a retirarse, no al jardín sino a su cuarto, en el que se encerró.

—Eso se debe, sin duda—dijo Horacio, el menos capaz de sospechar nada,—a que presienten la tempestad que se prepara.

A las once y media se retiraron los últimos convidados y el señor Turner, creyendo ver en el amigo de lord Kelson un aristocrático cristiano del tipo más ortodoxo, se despidió de él, demostrando gran efusión, sin figurarse que le había ofendido de la manera más cruel. Horacio y Herberto respiraron con más desahogo viendo alejarse de su casa a aquel convidado enemigo declarado de los juicios, y como tenían demasiado tacto para excusar semejante contratiempo, no lo hicieron, pero sí redoblaron sus atenciones para con el eminente estadista. Cambiáronse, por fin, las últimas despedidas y apretones de mano, y los dos hermanos empezaron a cerrarlo todo, preparándose para el resto de la noche y Frank siguió sus movimientos con una mirada vaga, mientras que iban de ventana en ventana colocando las barras y echando los cerrojos a las